



EL SAMURÁI ASESINO



Zenkai era un samurái famoso por su fuerza y su valor. Pero tenía un corazón irascible y se enredaba en continuas peleas. Sus enfados eran tan frecuentes que fue quedándose solo. Sus amigos temían lo peor. La gota que colmó el vaso fue cuando se enamoró de la esposa de su señor. Todos le aconsejaron prudencia, pero él se encaprichaba cada vez más de ella. La señora cedió a su acoso y le concedió una cita secreta en un jardín discreto y solitario. Pero esa noche no estaban solos, porque el esposo traicionado estaba agazapado esperando intervenir. Cuando los amantes estaban juntos los acometió con su sable. No duró mucho tiempo ante un luchador tan experto como Zenkai.

Horrorizado por lo sucedido, salió huyendo intentando dejar atrás su pasado. Durante algunas semanas estuvo errando de un sitio para otro; se escondía en las tabernas más sórdidas de los poblados más lejanos del lugar del crimen. Se enzarzaba en peleas con todo aquel que osara interponerse en su paso, hasta que un día, en un pueblo donde paró más tiempo del debido, un grupo de jóvenes agraviados se vengaron de él, le tendieron una trampa y le dieron una paliza, dejándolo sin dinero, sin armas y medio muerto.

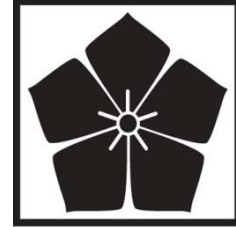
A Zenkai no le quedó más remedio que mendigar. Iba de plaza en plaza, de casa en casa pidiendo la compasión de sus habitantes. Su aspecto cambió notablemente. ¡Quién diría que detrás de esos ojos esquivos se escondía el pasado de un bravo samurái! Poco tiempo duró esa situación de abandono. De camino entre dos aldeas



de la montaña, iba cavilando sobre su destino y decidió que no podía seguir huyendo. Recordó todo el mal que había sembrado y tomó la determinación de hacer algo por el bien de la comunidad. En esto estaba cuando una pared de roca le cortó el camino. El sendero se desviaba hacia un peligroso

paso de un desfiladero cercano. Curiosamente la ruta era bastante transitada y no tardó en encontrar un lugareño que le explicó que con un túnel que atravesara la pared, se ahorrarían muchas vidas y muchas energías para recorrer el camino.

Sintió en su corazón que esa era la tarea y con sus manos empezó a quitar piedras sueltas; poco después empezó a perforar la roca con picas y palos. Los paisanos del lugar conocieron de inmediato su determinación y lo que primero fue incredulidad, fue dejando paso a la convicción. Le apoyaban trayéndole agua y comida y le montaron una cabaña cercana donde poder protegerse y descansar por las noches.

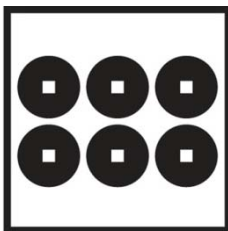


Después de un año de trabajos forzados ocurrió lo que llevaba esperando desde hacía mucho tiempo.

- ¡Zenkai! –gritó una voz conocida por la espalda. Era el hijo de su señor, que buscaba venganza. Se iba acercando con su sable en ristre. El viejo samurái lo detuvo con un leve gesto y le dijo con voz suave:

- No quiero vivir por mucho tiempo, pero permíteme que antes acabe la tarea que me he impuesto como pena.

El muchacho quedó impresionado por ese hombre machacado por el trabajo, que no tenía miedo a la muerte y que poco tenía que ver con aquél asesino que buscaba con odio desde hacía mucho tiempo. Así que se frenó, envainó en sable y se sentó en una piedra, a la sombra, para ver cómo trabajaba en el túnel.



Después de varias semanas ocurrió algo inesperado: el joven se acercó a la cueva y empezó a quitar piedras y arrancar rocas. Zenkai le sonrió, pero el muchacho repuso:

- ¡Quiero que acabes cuanto antes! Tengo prisa en cobrarme tu cabeza.

Durante unos días estuvieron en silencio, el uno junto al otro, codo con codo. Y pasó lo inevitable: la necesidad del trabajo común rompió con la incomunicación entre ambos. Zenkai se fue convirtiendo en la paciente guía del joven, no sólo de la tarea, sino de la vida, con su constancia y tesón, con su paciencia y humildad.

Después de otro año juntos, el túnel se completó y se conectaron los caminos de ambos lados. Zenkai disfrutó del momento. Pero al poco tiempo se acordó de su promesa y le dijo al muchacho:

- Toma mi cabeza, para eso has venido y has esperado durante tanto tiempo.

El joven contestó:

- Hace un año lo hubiera hecho, porque mi corazón estaba lleno del deseo de venganza por la muerte de mi padre. Ahora te has convertido en mi maestro y siento admiración por tu silencio elocuente. ¡Jamás le cortarí la cabeza a un hombre digno como tú!

Los dos hombres se miraron, se pusieron a caminar y atravesaron juntos por primera vez el túnel.



Para profundizar: Entre la culpa y la venganza

O el proceso de Zenkai y el muchacho.

Zenkai parte de un corazón airado, orgulloso, que no se pone límites y que comete una traición y un asesinato (es habitual que un delito se tape con otro).

Primero pasa por la rabia, ¡yo no soy así!; después por la autoagresión y el daño, ¡me merezco un castigo! Pero la huída tiene que parar y entonces sólo me queda enfrentarme, primero al proceso interior, y supone una satisfacción, y después al proceso exterior, pidiendo perdón, entregando la vida.

Pero la humildad y el duro trabajo lo curan todo...

El hijo del señor sale corriendo también, buscando a alguien a quién matar. Confía que así recuperará el honor, pero el honor no se recupera nunca con la sangre de otros.

Tendrá que aprender que las personas son mucho más que sus actos y que, si miramos dentro, al corazón, no hay motivos que alimenten la venganza.

Finalmente, el rencor dejará paso a la admiración y a la sabiduría, cuando sin vivir en el pasado, descubre la grandeza del hombre que tenía a su lado.



Así juntos pueden atravesar el túnel, símbolo de las paredes que ambos interpusieron en su camino: la culpa y la venganza.

¡Quédate sólo con lo que te llegue y te sirva!